



La fotografía presenta, de izquierda a derecha, a Joseph Pogany, Comandante del Ejército; Sigismund Kanfj, Ministro de educación y a Bela Kun, jefe del Gobierno. Estos eran los tres más prominentes miembros del régimen bolsheviquei en Hungría, derrocado por intrigas de la diplomacia de la nueva Santa Alianza.

CUASIMODO

MAGAZINE INTERAMERICANO

No. 3

PANAMA, R. DE P., AGOSTO 31 DE 1919

Vol. I

Los grandes asuntos del día

(NOTAS DEL DIRECTOR)

El General Smuts

ESTAN pasando cosas raras. El General Smuts, hombre callado si los hay, que entró y salió de la guerra casi desconocido, va de día en día ganando en la conciencia pública el prestigio y admiración que, también de día en día, han ido perdiendo, en progresión geométrica, las ilustres figuras, poco ha tan admiradas, de Mr. Wilson y Lloyd George.

Este mismo hombre que hace unos quince años era un insurrecto que se batía en los campos de Africa contra el ejército inglés, hoy es uno de los estadistas de más extensa popularidad en Inglaterra, al extremo de que viene sonando insistentemente como posible sucesor de Lloyd George en el puesto de Primer Ministro.

Y es que mientras los otros, por acomodarse astutamente a las pasiones del momento en sus filas respectivas, creyeron necesario sacrificar sus convicciones a la popularidad, este insurrecto de Africa ha ido mostrándose a todos cada vez más contrario a las corrientes de opinión inspiradas en impulsos pasionales y cuando más prescindía él de la pública opinión, en homenaje a sus convicciones, más adieta se le ha ido mostrando a él la desdeñada opinión.

Acabamos de leer su mensaje de despedida del puesto que desempeñaba en una de las grandes Comisiones públicas creadas en Inglaterra durante la guerra y sintiendo carecer de espacio para la reproducción íntegra del notable documento, entresacamos estas nobles e intrépidas expresiones de su fino y comprensivo espíritu, que nadie sospecharía en un hombre que ha gastado tan

gran parte de su vida en los trajines militares:

“Creo que debemos ayudar sin reservas al gobierno republicano que hoy rige los destinos de Alemania, en lucha con tan enormes dificultades. No procedamos con Ebert como lo hicimos con Kerensky y Karoly, con resultados que ya no podemos remediar.”

Cuanto a la cuestión rusa, Smuts sostiene sin ambages que los recursos militares de Inglaterra, los tanques y materiales de guerra que se están utilizando contra el bolshevismo ruso,

“podrán quebrantar y abatir momentáneamente el lado opuesto, pero la verdadera magnitud del problema sobrepasa considerablemente tales expedientes.”

Demanda él que los aliados no se sigan metiendo en los asuntos interiores de Rusia, que levanten el bloqueo, y en resumen, que adopten una política de amistosa neutralidad e imparcialidad para con todas las facciones que allí existen. Y añade:

“Puede ser muy bien que la única definitiva esperanza de salvación para Rusia esté en un sobrio, depurado sistema Soviet de gobierno, cosa que puede ser mucho mejor que la barbarie que nuestra política actual tiende inevitablemente a producir allí.”

Y, finalmente, el General Smuts, que a estas horas, para bien de la humanidad, debería estar ocupando el sitio que ocupan Wilson y Lloyd George en la dirección moral del mundo, asegura que debemos tener fe en los ideales superiores “a despecho de las decepciones producidas por el Tratado de paz.”

La escena última

Desde que se firmó el Tratado y se ratificó éste en Weimar y regresó de Europa el Presidente Wilson, la escena última del más grandioso drama mundial se ha trasladado a Washington, afirma el «Current Opinion» de Agosto. Y agrega:

“Quedan conflictos todavía pendientes en otros puntos. Fiume es el centro de uno. En Pekín tiene lugar otro. Rusia es la arena de muchos combates. Más de una veintena de conflictos armados han surgido como resultado de la caída de tres imperios—el ruso, el austro-húngaro y el turco—y la parcial caída de un cuarto, el alemán. Pero la verdadera suerte del Tratado de paz no depende de ninguno de estos. Depende de la conducta del Senado de los Estados Unidos, y envueltos en ese Tratado se hallan asuntos como el de la restauración de Bélgica, Francia, Servia, Rumania; la seguridad de millones de armenios, sirios, palestinos; la reintegración de Polonia. En tanto que los Senadores y los abogados disertan sobre muy bonitas cuestiones académicas—sobre si la doctrina de Monroe, por ejemplo, debe ser llamada «un entendido regional» más bien que «una doctrina política nacional»—y se disputan las ocasiones de hacer efecto para la próxima campaña presidencial, y derraman un torrente de lágrimas retóricas por su dignidad senatorial ofendida, y tratan de poner al Presidente en un callejón sin salida o de escapar ellos mismos de aquel en que se metieron, todas las ruedas de la civilización en Europa, la industrial, la social, la educacional, están paradas esperando, y millones de seres humanos sufren y mueren de hambre y de epidemias. En toda la historia de la especie humana sería difícil encontrar un momento menos oportuno que éste para jugar a la política.”

No le falta razón al «Current Opinion.» No se puede negar la importancia que reviste para la política del mundo en este momento lo que hagan o dejan de hacer con el Tratado y la Liga los Senadores americanos, y en cierto sentido, nada más que en cierto sentido, el rumbo de la política universal depende de que Wilson triunfe de la resistencia tremenda que le oponen los Senadores republicanos, o que éstos triunfen de Wilson.

Sólo en cierto sentido hemos dicho. En efecto, muy ciego habría que ser para no

darse cuenta de que el grandioso drama de que nos habla el citado periódico, sólo de una manera oficial, protocolar, es que puede considerarse terminado cuando le den la última vuelta a la llave del palacio de Versalles los cuatro o cinco viejos que desde que terminó la guerra están tratando de moldear el mundo a su antojo. El drama es demasiado grande para terminar tan sencillamente, con unas cuantas firmas, y apretones de mano, y cohetes. El drama tenía tres elementos: el político, el económico, el social. Y de nada vale que quede arreglado en uno de estos aspectos el embrollo planteado. Los otros seguirán dando combate, desapareciendo aquí para reaparecer allá, componiéndose hoy para descomponerse mañana, hasta que el nuevo estado de conciencia mundial encuentre manos menos viejas, menos vacilantes y torpes que las de Versalles, que lo comprendan debidamente y lo sepan encajar en la realidad.

Demócratas y republicanos

Pero, por el momento al menos, los ojos están fijos en este lado del mundo y bueno es tener idea de cómo se portan en tan críticas circunstancias los miembros más señalados de los dos partidos grandes de Estados Unidos.

Lo primero que salta a la vista es que ambos partidos tienen un ojo puesto en la próxima campaña presidencial. “Lo que estamos presenciando es simplemente el sistema de los dos partidos turnantes en pleno juego”—dice otro periódico—“y así, mientras más mirémos más aprenderémos.”

Tal como aparecen hoy, los demócratas presentan un bloque de opinión más compacto que los republicanos. Con excepción de Reed y Gore, y quizás Thomas, los demócratas están más unidos que los republicanos. Y esta cohesión no depende de principios, sino del hecho de que el Sur es todo demócrata. Allí se es demócrata más que por asuntos de doctrina, por razones raciales, por intolerante hostilidad de blancos contra negros. Y con esta fuerza del sólido Sur, los demócratas del Norte pueden imponer una disciplina que, políticamente, es asunto de vida o muerte para ellos.

Fuera del Sur, los republicanos son sin disputa el partido político predominante en el resto de la nación. Pero no gozan de la cohesión de sus adversarios. Todas las divisiones que ocurren corrientemente entre los hombres—reaccionarios, conservadores, li-

berales, radicales—están latentes en el partido republicano. Pero

“aunque están divididos—nos dice «The New Republic»—no se atreven a manifestarse muy insistentes por temor de dividir el partido, ya que la menor división significa victoria inmediata para los demócratas con su compacto Sur. Si los republicanos se fraccionaran, como tendría que ocurrir si los principios se impusieran, el país caería en manos de la Democracia del Sur, que a despecho de su nombre, no tiene vitalidad, porque la cuestión raza absorbe toda otra cuestión en su seno. Y así, la compacidad demócrata, basada en la cuestión racial, produce la compacidad republicana, basada en el miedo a los demócratas.”

Y toda vez que la próxima elección nacional es de interés supremo para cada uno de los políticos, el periódico en cuestión no ve manera de escapar del círculo mezquino de disciplina partidista en que actualmente se están dilucidando asuntos que afectan, no sólo a los Estados Unidos, sino al mundo entero.

“El efecto”—sigue hablando el periódico citado—“es bien claro. En las últimas semanas los republicanos han tenido una oportunidad de las que raras veces se le pueden presentar a un partido. Mr. Wilson, por varias razones, ha perdido de vista los intereses verdaderos de América en el arreglo mundial, y ha aceptado compromisos de un género que ningún hombre amante de la paz del mundo y de la seguridad de América en el seno de esa paz consentiría en suscribir. Muy difícil es para él confesar su situación, aunque muchos de sus más íntimos consejeros de París se han dado cuenta perfecta de todo. Los demócratas no pueden forzarle a una confesión de fracaso a causa de su irremediable sumisión a la disciplina, ya que sin Mr. Wilson como leader se consideran perdidos. Eran, pues, los republicanos los que tenían el campo libre para la crítica y para adoptar una línea de conducta independiente y viril. Pero los republicanos no son en realidad un partido. Son una mezcla forzada de grupos, cada uno de los cuales profesa ideas distintas y obedece a líderes rivales. Que Gronna y La Follette figuren en el mismo partido que Smoot, Penrose y Lodge, es cosa de chiste, pero es un chiste persistente. Que Hiram Johnson y Borah estén rotulados políticamente con la misma marca que Brandagee o

Warren sería inconcebible si estos hombres no estuvieran atados en el mismo paquete por la disciplina de partidos.

“Estando así todos, lo único que pueden hacer es neutralizarse unos a otros y he ahí la causa de que los republicanos estén dando tumbos por toda la plaza. Por la mañana se tambalean hacia la izquierda bajo el efecto de un empujón de algún progresista; por la tarde caen hacia la derecha arrastrados por un conservador. Esto naturalmente llena de terror a Mr. Will Hays, que casi trastornado va de un lado para otro implorando a los viejos rabadanes para que formulen un plan de unificación política. Y de aquí vienen los programas que hemos visto insinuar sucesivamente a Mr. Root, Mr. Taft y Mr. Hughes. En el fondo, el objeto de tales programas, según Mr. Taft lo confesó, no es otro que el de la compacidad del partido, para contrarrestar la compacidad del partido demócrata.

Una de las más raras anomalías

“Aunque la mayor parte de los grandes hombres de negocios americanos pertenecen al partido republicano, en el seno del cual han ejercido siempre la irresistible influencia que es natural, hoy día los planes de estos hombres, que sinceramente aspiran a la ratificación inmediata del Tratado para restablecer la normalidad de las operaciones mercantiles del mundo, encuentran que su mayor obstáculo radica precisamente entre sus partidarios de toda la vida que ahora gobiernan en el Senado. Habiendo sido encarnizados enemigos de las doctrinas de Wilson, hoy las circunstancias los convierten en aliados de éste en un común deseo de que se proceda sin más tiquis miquis a la ratificación. Este grupo de hombres de negocio, aunque goza de un poder enorme sobre la prensa, es débil dentro del Senado a causa del predominio que en este cuerpo ejercen los intereses locales. Estos intereses son proteccionistas y agresivamente contrarios a toda expansión comercial. Ellos tiemblan ante el internacionalismo de la Liga por sus efectos sobre las tarifas, sobre los monopolios industriales y sobre los proyectos imperialistas en general.

El articulista termina declarando patente la bancarrota de los dos partidos tradicionales, ya que en momentos tan críticos como los presentes vagan sin rumbo fijo, incapaces de prever las necesidades y buscarles expresión a las energías del país.

Curiosas y picantes observaciones del humorista americano Mr. Blythe, acerca de la situación peculiarísima porque atraviesa el Congreso Americano

Las personas que hayan leído el artículo de este mismo escritor que comentamos en el primer número de CUASIMODO, artículo en que nos hacía una pintura tan fiel y tan interesante del asunto de las candidaturas presidenciales en su país, no podrán menos de regocijarse de tener esta nueva ocasión de gustar de las sabrosas observaciones políticas del ingenioso escritor.

Empieza Mr. Blythe por decirnos que

“Los apreciables republicanos del Congreso han formulado un programa de legislación futura que es tan largo como uno de los discursos del Senador Reed y tan minucioso como una de las oraciones parlamentarias del Senador Smoot sobre la balanza comercial.”

Y sostiene que el programa formulado es completo, pero que,

“como si no lo fuera. Representa ese programa el triunfo de la «esperanza» congresional republicana sobre la «experiencia» congresional republicana; pues no hay un solo hombre que haya tenido que ver con la redacción del mismo que no sepa que, ya como plan legislativo, o ya como mera promesa de lo que se va a hacer, se reduce todo a un grano de anzuelo cuando se le coloca al lado de la verdadera faena de este Congreso, que no es otra que la de fijar las contribuciones.

“Cada vez que un estadista, cualquier estadista, cada uno de los estadistas, se levanta en el actual Congreso, o se ha levantado—o se ha de levantar entre la fecha presente y el 4 de Marzo de 1921, en que alguna persona, todavía no identificada, se presentará en el pórtico del Capitolio a prestar el juramento de rúbrica y pronunciar su elocuente oración inaugural—el tal estadista no se referirá a otra cuestión que a la cuestión de las contribuciones; y todo estadista que se ha levantado a hablar desde Mayo 19 de 1919, fecha en que este Congreso comenzó a trabajar, no ha hablado de otra cosa. Puede que él no haya hablado o pensado o referido expresamente a la materia, pero, de todos modos, antes y después de cada palabra, no podía haber otra cosa que la eterna cuestión de las contribuciones.”

Y la razón que da Mr. Blythe es bien cla-

ra. Todas las cuestiones que en este momento están pendientes ante el Congreso dependen de las contribuciones.

“Todo se basa en las contribuciones: la próxima presidencia, el próximo Congreso, todo. Varias medidas legislativas serán introducidas, traducidas, deducidas y conducidas, pero tras de ellas, sobre ellas y debajo de ellas, estarán siempre las contribuciones. Es una espina más grande que el monumento de Washington, la que tiene clavada en el costado el partido republicano.”

Afirma el articulista a reglón seguido que la deuda de los Estados Unidos al fin del año fiscal de 1911-12, inclusa la deuda filipina, era de \$ 1,040,340,000, o sea, \$ 10.40 para cada habitante de los Estados Unidos, sobre la base de una población de cien millones. La deuda nacional de los Estados Unidos en Junio 1o. de 1919 era de \$ 25,921,151,270, o sea, \$ 235.55 sobre cada persona, a base de una población de ciento diez millones.

Este aumento enorme de la deuda nacional representa en su mayor parte dinero gastado para fines militares. Y este aumento es la razón de que las contribuciones sean, según dice el citado escritor, la cuestión sumo importante del Congreso. Y agrega:

“No hay más que dos cosas que hacer con una deuda nacional: una es pagarla, la otra es repudiarla. Con una riqueza nacional más de diez veces mayor que la deuda, con recursos ilimitados y las condiciones económicas más ventajosas del mundo, la repudiación sería inconcebible. De aquí que el pago sea imperativo. El gobierno no produce nada por sí mismo. Los gobernados tienen que pagar las deudas y los gastos de los que les gobiernan. El único ingreso que le produce rentas al gobierno es el de los impuestos. Por consiguiente, esta deuda tiene que pagarse con impuestos, y estos impuestos tiene que pagarlos el pueblo.”

Pero observa Blythe que la masa del pueblo americano no tenía el menor conocimiento, ni se preocupaba nunca, de las contribuciones federales, hasta que la contribución sobre la renta entró en vigor en 1913.

“Antes de esa fecha habíamos vivido en la edad de oro de América, con pequeña responsabilidad directa y un conocimiento directo más pequeño todavía de la cuestión rentas públicas. El Gobierno era sólo algo que existía allá en Washington, era el producto, en su capacidad ejecutiva, de unas elecciones que cada cuatro años ejercían una perturbadora influencia en los

negocios. Era algo casi aparte de la vida y beneficios del ciudadano común. Fué la contribución sobre la renta la que por primera vez empezó a hacernos pensar en las contribuciones. Luego vino la guerra, y, finalmente, nuestra participación en ella. Esta participación completó la educación del pueblo, en cuanto a rentas, que la contribución sobre la renta había comenzado en 1913. Entonces las gentes se dieron cuenta de que el Gobierno en Washington, cuando era preciso, podía mutilar los ingresos, beneficios, capitales y ahorros de los individuos, en una proporción que casi no tenía límites. Descubrieron que la ciudadanía americana podía convertirse en un problema financiero grave y que había mayor responsabilidad envuelta en ella que la mera obligación de ponerse de pie al oír el himno americano. Descubrieron que este Gobierno, que parecía una cosa aparte allá en Washington, sin mayor contacto directo con el pueblo, no solamente podía dictarles sus costumbres y vidas, mandarlos a la guerra, regular sus entradas y salidas, disminuir sus libertades, sino que también podía extender la mano y quedárselos con el dinero. No hubo grandes protestas. Estábamos en guerra y los americanos, en su gran mayoría, pagaban los impuestos, acataban las ordenanzas y hacían todos los sacrificios que se les pedían con mucha lealtad y patriotismo. Éra la guerra. Ésa era una razón suficiente. Ellos daban sus vidas, su tiempo, su dinero y sus hijos sin regateo, con el verdadero espíritu americano de salir pronto del atolladero y de salir ganando, objeto doble que fué obtenido."

Ellos se suscribieron a los empréstitos cuantas veces quiso el Gobierno y llevaron el juego hasta el fin, sin ningún signo de protesta en las masas, sigue diciendo Blythe; y si la guerra hubiese continuado un año, dos años y quizás más, el juego lo hubieran seguido en la misma forma.

"Pero el hecho de que jugaran el juego así no eliminó del ánimo de las gentes la idea de que era un nuevo juego el que jugaban; sin duda necesario, pero extraño y opresivo. Ellos no estaban acostumbrados a contribuciones de esta suerte, a ordenanzas y reglas de este sello restrictivo. Era algo nuevo, revolucionario, agobiante para ellos. Y los discursos en que se les decía que el mundo había cambiado, que se había entrado en una nueva era, que América como parte del mun-

do había cambiado también, no atenúan en lo más mínimo ante ellos el hecho de que las contribuciones eran más altas que lo habían sido nunca y los gastos más altos todavía."

¿Y qué piensa hacer el partido de la oposición?

Mr. Blythe hace aquí mención del hecho de que el pueblo americano en política pocas veces va más allá de los efectos en el estudio de las cosas públicas. Muy raras veces, según él, se estudian las causas determinantes de la marcha política. Y en consecuencia con esta modalidad del carácter americano, habiendo sido el partido demócrata el que estaba en el poder cuando estas fuertes contribuciones de guerra cayeron sobre las gentes,

"el pueblo articuló su protesta contra él de la única manera que estaba en sus manos hacerlo: eligiendo un congreso republicano para reemplazar al congreso demócrata, bajo la teoría, probablemente, de que las cosas no podían ir peor que como habían ido con los demócratas y de que si los republicanos, por consiguiente, efectuaban algún cambio, el cambio no podría menos de ser favorable. Los políticos profesionales, los periodistas y publicistas tienen el hábito de atribuir movimientos políticos inesperados, como el que se efectuó en las últimas elecciones que llevaron al Congreso a los republicanos, a sentimientos nacionales específicos, esto es, a una razón de peso que influye poderosamente en tal o cual dirección. Y en casos corrientes ellos aciertan sólo la mitad de las veces, pues en este país volátil nuestro, las causas de las derrotas o victorias políticas suelen ser tan parroquiales y versátiles como lo es la masa de nuestro pueblo. En este caso particular, la América que fué amasada en un solo cuerpo por la guerra tenía una causa común, pero esta causa no era la que generalmente se creía. La verdadera razón de fuerza que tuvo el pueblo para convertir un congreso demócrata en un congreso republicano, no fué otra que la de las contribuciones. El pueblo, pesadamente cargado, se decidió a probar con los republicanos si era posible que estos le aliviaran de algún modo la carga.

"Los republicanos que tengan alguna visión, por pequeña que sea, alguna comprensión de lo que está en el ánimo de las gentes, no pueden ignorar esto, y así

Astor este dinero y cómo? La caja Astor no contiene, sin duda, estos \$ 40,000,000 en efectivo para pagar. Por consiguiente, el administrador se vería obligado a pagar en bienes, a entregar el Waldorf Hotel, y el Knickerbocker Hotel, de New York, y otros inmuebles semejantes; en suma, tendría que pagar con bienes inmuebles. ¿Qué haría el gobierno con esta clase de bienes? ¿Venderlos? Sí, pero ¿a quién, y por cuánto? Si la caja de los Astor no tiene \$ 40,000,000 para pagar en efectivo su parte de capital confiscado, ¿quién podría tener esa misma suma para adquirir del Gobierno los bienes de Astor sacados a subasta, sobre todo, teniendo en cuenta que la persona que poseyera probablemente tal suma estaría a su vez sujeta a una confiscación semejante de su propio capital? El resultado tendría que ser: o que el Gobierno se vería obligado a dedicarse al negocio de hotel, en este caso, o a vender las propiedades de cualquier modo a los postores que se presentaran.”

Luego examina el escritor la posibilidad de una renta derivada de impuestos sobre los artículos de consumo diario y dice:

“Nada horripila a un político tanto, como no sea la amenaza de quitarle el puesto, como la mención de esta clase de contribuciones sobre el consumidor. «Seguramente nos quemaban», ha dicho uno de los mejores economistas y más expertos políticos del Senado.”

Luego pasa el autor al recurso de conseguir el dinero aumentando los impuestos especiales, la contribución sobre las rentas, la contribución sobre los beneficios excesivos, sobre las corporaciones, grandes herencias, etc. Y dice que aquí surge un dilema que está haciéndoles perder el sueño a los líderes del congreso republicano todas las noches. Pues tan pronto como se supo que los republicanos habían capturado el Congreso, la gente de los grandes negocios empezó a quejarse de la iniquidad de las actuales contribuciones que los agobian.

“A pesar de la nueva era en que, con toda confianza, nos hacemos la ilusión de estar viviendo, es un hecho pertinente el de que los «grandes negocios» todavía deciden de la vida y muerte de los partidos clásicos y equivaldría sencillamente a un suicidio para los políticos el pensar en aumentar los tipos de tributación, que ya eran objeto de protestas constantes por parte de este elemento, que las

consideraba demasiado altas «para una eficiente marcha de los negocios en las circunstancias actuales».

“Y así están; en tal situación de angustia se encuentran estos desventurados que celebraron tanto su victoria en las urnas el pasado otoño. Las contribuciones tienen que cambiarse. Para eso se les envió al poder. No existe ningún argumento ni excusa que les sirva de nada. La guerra se acabó y el pueblo pide menos contribuciones. Incombe a los republicanos el bajar las contribuciones, o ser castigados por no bajarlas en las elecciones de 1920. El pueblo no entiende de distingos. Lo poco que sabe de contribuciones le fué enseñado tan de prisa que no tuvo tiempo de asimilárselo bien. Por ejemplo, es muy frecuente oír que a los Senadores y Representantes se les disparan preguntas como éstas:—Nosotros compramos todos los bonos ¿no? Pues bien, ¿por qué no usar ese dinero en eliminar algunas contribuciones?”

Luego habla el articulista de la ignorancia popular que hay con respecto a los bonos del Gobierno, acerca de lo que significan y de cómo han de pagarse. Y alega que cuando los Estados Unidos lanzan bonos por la suma de diez billones o más, estos bonos representan un empréstito que el pueblo le hace al Gobierno, o sea, que el pueblo se hace a sí mismo. Y las gentes ignoran que ellos son acreedores y deudores al mismo tiempo.

“Supongamos que hay veinticinco millones de tenedores de bonos en este país. Esos veinticinco millones se pagarán a sí mismos intereses sobre el dinero que le prestaron al gobierno, y luego se pagarán a sí mismos el principal. El pueblo que posee estos bonos tiene que ser sujeto a tributación para pagarse el interés sobre ellos a sí mismos, y a otra contribución para pagar el principal cuando se venza, esto es, para formar el fondo de amortización con que la suma principal ha de ser pagada. No hay otra manera de poder pagar, y así estos bonos nunca eliminan la necesidad de imponer impuestos; lo único que hacen es demorarla.

“Jhon Smith, digamos, posee bonos por valor de mil dólares del último empréstito. John Smith recibe intereses por esa suma a razón de 4 y tres cuartos por ciento, o sea, \$ 47.50 al año. ¿De dónde salen esos \$ 47.50? De Jhon Smith, en la proporción debida. John Smith es sujeto a los tributos que sean necesarios

Congreso no es más que un reflejo del sentimiento popular. El americano corriente cree que ya es tiempo de que los Estados Unidos se hagan un nudo en el bolsillo, y se guarden el resto del dinero público en casa, especialmente teniendo en cuenta que ese dinero público se le ha sacado a él en forma de las fuertes contribuciones que ha estado pagando.

“Es enteramente cierto que nuestra deuda nacional, aun incluyendo estos empréstitos, sólo es una fracción de nuestra riqueza nacional, y es también cierto que éste es el más rico y más próspero país del mundo y el que ha sido menos afectado por la guerra. Pero el americano corriente encuentra muy poco de qué alegrarse en estas consideraciones cuando ve que sus propias contribuciones son tan pesadas y el costo de su vida tan grande, especialmente cuando se está empezando a dar cuenta de que todos los dineros distribuidos en otros países por los generosos Estados Unidos los ha tenido él mismo que aprontar.”

Hace aquí notar el articulista, en relación con lo anterior, la repercusión en el Congreso de la gran divergencia de opinión que existe entre los grandes financieros del país en cuanto al papel que los Estados Unidos deben asumir en la labor de reconstrucción de Europa. Esta divergencia de opinión se puede concretar diciendo que por un lado tiene base industrial y por otro lado base financiera. Más claro, los capitalistas que están inclinados del lado de la industria en sus pensamientos y actos, creen que ya se ha hecho bastante y que la producción de los Estados Unidos debe aumentarse a todo trance, y que el único medio de que Europa pueda ser reconstruída es dándoles a sus habitantes oportunidad de trabajar. Por otra parte, los capitalistas que son financieros puros en sus concepciones y sistemas, creen que a los gobiernos de Europa hay que prestarles dinero bajo la garantía de sus bonos. Estos bonos, garantizados por una combinación mundial de gobiernos, representan, en opinión de estos capitalistas, el único medio de levantar a Europa de su postración actual. Y estas dos corrientes de pensamiento vienen al Congreso, contribuyendo de una manera terrible a aumentar la confusión e incertidumbres que reinan en este alto cuerpo.

“Entre tanto, no hay un solo chiflado en el país que no posea una panacea económica que recomendar a los congresistas, y no hay ninguna cuestión en el mundo que produzca tantos chiflados como

producen los estudios económicos. El correo del Congreso despacha diariamente un diluvio de fórmulas y planes de todas suertes para resolver las dificultades del momento.

“Teniendo en cuenta todo esto, no hay que decir que los republicanos ocupan una posición muy difícil y que sus dificultades aumentan de día en día. Ellos desean revisar las contribuciones, y al mismo tiempo saben que el Gobierno debe buscar dinero, mucho dinero, cada vez más dinero. Las exigencias por el lado político son imperativas, y las que vienen por el lado económico son no menos imperativas. Si ellos no revisan las contribuciones, el pueblo les administrará, políticamente, una gran paliza. Pero si las revisan, la Hacienda pública tendrá inmediatamente un déficit y necesitarán flotar un nuevo empréstito... y el pueblo se los comerá. Palos si bogas y palos si no bogas...”

La actuación política en Francia

Según vemos en una carta que publica en una revista americana el escritor G. B. Noble, hace cuatro meses la pregunta sacramental de la gente en Francia era: “¿Cuándo comienza la revolución?” Hoy, en cambio, la pregunta es: “¿habrá revolución?”

Hace algunos meses, en una asamblea nacional del partido socialista francés, uno de los líderes de la izquierda llamado Lorient, dijo: “La revolución existe ya en los hechos. Las cosas están maduras para ella. Pero no existe en el espíritu, pues el pueblo todavía no se ha dado cuenta de la situación actual.” Este mismo orador agregó: “que no se podía formular ningún vaticinio exacto, pero que podría venir en cualquier momento el estallido.”

Y el autor de la carta comenta estas palabras del socialista francés, manifestando que probablemente tenía razón, toda vez que, considerando serenamente el estado del barómetro político y económico de Francia, es un milagro que el actual Gobierno haya podido tenerse en pie.

Francia gime hoy bajo una deuda de doscientos mil millones de francos que es mucho más de la mitad de toda su riqueza nacional. Mientras Inglaterra durante el período de la guerra pagó el 50 por 100 de sus gastos de guerra corrientes con sólo sus impuestos, Francia pagó sólo un 15 por 100; y mientras Inglaterra deriva este año de sus contribuciones treinta y cinco millones de francos, Francia sólo podrá sacar

unos ocho o diez millones. Al pueblo se le hizo creer

“que Alemania lo pagaría todo, y con esa esperanza se le apaciguó por el momento. Y lo peor es que el Gobierno, en presencia de tan enorme crisis, no tiene programa ninguno de carácter constructivo. Hace algunos meses el Ministro de Hacienda Klotz, después de apurársele para que presentara algún plan de Hacienda definitivo, propuso una contribución del 25 por 100 sobre el capital. Se levantó una ola tal de protesta de parte de la clase adinerada, que Mr. Klotz no tuvo más remedio que tragarse su proposición y entonces le pidió al Banco de Francia un anticipo de tres billones, que inmediatamente le fué negado. Y así, el programa económico del Gobierno ha venido de-

riódico que tiene enorme circulación en Francia, el segundo en cuanto a circulación, ha sostenido una campaña violenta contra Clemenceau y en favor de Briand. Importantes periódicos radicales, aunque no socialistas, tales como «L'Oeuvre» y «Bonsoir» anatematizan al Gobierno incesantemente. Y, naturalmente, los socialistas no se han quedado atrás.

“Ante una oposición tan fuerte y un cúmulo tal de fracasos, ante predicciones tan repetidas de una inminente caída, ante la terrible crisis económica que aflige al país, ante los altos precios y el estado de agitación popular, es verdaderamente asombroso que el Gobierno exista todavía. Uno tiene sólo que asistir a una sesión importante de la Cámara de Diputados para darse cuenta de que allí mismo

principalmente en anestesiar, no en curar al enfermo, táctica ilustrada por la «Fete de la Victoire» del 14 de Julio, en la que se gastaron cuatro millones de francos en ornamentar a París con estandartes, luces eléctricas y otras aparatosas exhibiciones que recordaran al pueblo el gran triunfo de Francia, «la nación colocada en la frontera de la civilización para velar por la libertad del mundo», como la prensa conservadora declama. Paralelamente a esta laboriosa campaña de embriaguez de triunfo, se advierte la natural reacción que sigue siempre a la guerra, la psicología de un «patriotismo» que reprime la libertad de pensar y que le pone el estigma de «pro-alemán» y «bolshéviki» a todo intento de romper el grillete de un gabinete reaccionario de tiempos de guerra, o de mejorar las condiciones de los trabajadores.

“Pero más importante y permanente que estos factores, es la gran población campesina de Francia, patriótica, fundamentalmente conservadora, dueña de su predio de tierra, próspera durante la guerra y próspera también ahora durante el régimen de los altos precios. Tan tradicionalmente conservadora es esta clase, que la mayor parte de las tropas empleadas en sofocar los disturbios de París proceden de estos distritos agrícolas. Sin embargo, de todos estos factores que pudieran contrarrestar las tendencias revolucionarias del pueblo, el único que se puede considerar como estable es el del satisfecho campesino que posee su campo de labranza. Pues no ha de pasar mucho sin que el brillo de la victoria se apague, sin que el patriotismo se marchite, tan pronto como el pueblo empieza a darse cuenta de la terrible situación económica y del estado de la Hacienda pública, y a medida que el Gobierno descubre más y más claramente su impotencia ante la crisis. Las contribuciones subirán y subirá también el costo de la vida.”

El alto costo de la vida, causa primordial de las revueltas populares y condición esencial de las revoluciones, ha tenido ya resultados ominosos en Francia, según nos dice el articulista. La actual situación es tan grave que ya ha habido varios motines en París en que las mujeres del pueblo exasperadas han asaltado y destrozado las tiendas. Esta situación ha sido agravada por las huelgas en reclamación de más cortas horas y más altos salarios, huelgas que han suministrado una razón más a los patronos para subir los precios de sus artículos. Dándose

cuenta de este círculo vicioso de aumento de paga y aumento de precios, la Confédération Générale du Travail» resolvió hace algunas semanas que sus fines no deben consistir simplemente en un aumento de paga y reducción de horas, sino “en una total reorganización del sistema de producción y distribución.” Y ya se sabe que un pueblo tan inflamable como el de Francia tiene que andar muy poco camino para convertir esta «total reorganización» en una verdadera revolución. Las ciudades son, como en todos los casos, las más inquietas. Los puertos de Bordeaux, Marseilles, Brest y Toulon son focos permanentes de radicalismo. Hoy ya no se trata de «París contra el resto de Francia», como antes, sino de grandes centros industriales como París, Lyons y Lille, tomando la delantera que han de seguir los otros.

“El estado de ánimo del ejército no es muy alentador para un Gobierno que cuenta con la fuerza como único medio de represión de los movimientos populares. Cinco años de servicio militar continuo han fomentado un fuerte descontento en las filas y abundan los incidentes que indican la tendencia revolucionaria del soldado que vuelve del frente. Por ejemplo, es notorio que de los 100,000 soldados traídos a París para suprimir las manifestaciones de los trabajadores en Mayo, regimiento tras regimiento ha tenido que ser retirado y reemplazado, por que tan pronto como el soldado se ponía en contacto con el proletariado de París, empezaba a flaquear y se hacía sospechoso. Muchos disturbios sociales, noticias de los cuales han sido rigurosamente suprimidas por la censura, han demostrado el profundo descontento de las masas. En la flota del Mar Negro, las tripulaciones de cuatro barcos izaron la bandera roja y costó mucho trabajo reprimirles. En Toulon, los marinos formaron «soviets»; en Brest no cesan los desórdenes. En Tolosa, tres regimientos de artillería se sublevaron, protestando contra la mala alimentación, la cruel disciplina y la intervención en Rusia. Incidentalmente, aunque la fuerza motriz que ha producido las huelgas y agitaciones ha sido principalmente el descontento por las horas de trabajo y los jornales, el asunto de la intervención en Rusia figura considerablemente en las protestas obreras y socialistas contra el Gobierno.

“La falta de empleo es también un problema serio, y será más serio dentro de dos o tres meses, una vez que se comple-

te la desmovilización. A mí me han parado en las calles de París varios soldados desmovilizados, para decirme que no tenían trabajo ni podían encontrarlo y que el Gobierno no les hacía caso.

“Con la situación económica y obrera de mal en peor, con tantos síntomas y motivos de agitación popular, una cosa es evidente: que si la clase acomodada—aquellos de quienes se ha dicho que con más facilidad dan sus hijos a la patria que sus bienes—si los intransigentes poseedores de la riqueza continúan resistiéndose a hacer extraordinarios sacrificios materiales, la revolución que Inglaterra está evitando heroicamente, y a la que Italia parece ya condenada, será inevitable en Francia.

“Para afianzar el presente régimen, la participación de los Estados Unidos será de una gran importancia y por mucho tiempo nuestra ayuda financiera en gran escala será necesaria.

“Sinceramente amigos de Francia, abrigamos la esperanza de que la crisis actual pueda ser vencida mediante una «rápida evolución», más bien que por la revolución, pero es difícil percibir en el horizonte indicios de una fuerza capaz de detener la trágica marcha de los acontecimientos hacia el abismo.

Lo de Hungría

Entre los grandes acontecimientos de este mes, ninguno tan significativo y terrible como el brusco cambio de gobierno llevado a cabo en Hungría. El gran triunvirato de Versalles no ha querido transigir ni con el socialismo moderado de Karolyi, a quien fué minando hasta destruirle lo mismo que a Kerensky, ni con el socialismo comunista de Bela Kun, que en pocas semanas llevó a cabo sin derramamiento de sangre el milagro de una transformación social y política tan completa de su pueblo que ya hasta sus más recalcitrantes adversarios reconocían admirados la eficacia de su obra. En el mismo lugar que ocuparon Karolyi, primero y Bela Kun, después, se ofrece hoy a los ojos pasmados de los demócratas del mundo la erguida silueta de un representante típico de la autoerecía misma que bíamos ido los aliados a destruir en la guerra contra Alemania y Austria. La casa de Hapsburgo está otra vez elevada al poder por obra y gracia de los tres grandes Faraones de Versalles.

Y para que tengamos idea cabal de las causas que influyeron en el derrumbamiento de Bela Kun, nada mejor que una carta

de éste a Clemenceau que publicó el periódico «Le Populaire» de París con fecha 15 de Junio.

“Señor Presidente: En su telegrama de Junio 13, declaraba usted que, tan pronto como nuestras tropas en la guerra en que nos vimos involuntariamente envueltos hubieran evacuado el territorio adjudicado a la República de Checoslovaquia y retirádose tras de las fronteras adjudicadas a la República Húngara de los Soviets, las tropas del rey de Rumania comenzarían inmediatamente a evacuar la línea en cuestión y se retirarían tras de las fronteras que se describen detalladamente en su telegrama. En la respuesta que nosotros formulamos en aquella fecha y en nuestro telegrama posterior, yo me esforcé en hacer bien claro que la República Húngara quería demostrar que estaba contra toda clase de innecesarios derramamientos de sangre y que estaba cumpliendo al pie de la letra sus demandas. Posteriormente los acontecimientos han venido demostrando que yo cumplí mi promesa; cuanto más que usted y yo habíamos convenido en que las fronteras impuestas por la fuerza de las armas no debían quedar como fronteras nacionales. Al mismo tiempo yo solicitaba de usted, señor Presidente, que tuviese la bondad de obtener todas las garantías posibles de que las tropas del rey de Rumania habrían de ejecutar las órdenes de los aliados y gobiernos asociados. Yo no recibí las garantías expresas que solicitaba en mi último telegrama. Y declaré que aceptaba como una garantía implícita la manifestación de que se nos aseguraba la evacuación de las regiones devastadas más allá del río Theiss por el ejército rumano.

“Señor Presidente, sus delegados deben haberle comunicado que nuestras tropas terminaron de luchar contra la república de Checoslovaquia y que en Junio 24 tomaron posesión de las trincheras de la zona neutral demarcada de acuerdo con el General Pellet. Teníamos derecho a esperar, por consiguiente, que las tropas de Rumania, de conformidad con su telegrama de Julio 13, obedecerían las órdenes de los gobiernos aliados de retirarse a los puntos acordados, para dejar así demostrado que ellos también desean la paz y que ellos también acatan el principio expuesto por el señor Presidente de que las fronteras obtenidas por la fuerza de las armas no deben figurar como fronteras nacionales.

“Sin embargo, a despecho de sus promesas y a despecho de sus órdenes, las tropas del rey de Rumania no comenaron a retirarse. Antes al contrario, a partir de Junio 24 comenzaron a atacar por muchos puntos, entre otros por Hiscaluc. Naturalmente, los rumanos fueron rechazados por las tropas de nuestro Ejército Rojo que les ocasionaron muchas pérdidas, co nverdadero pesar de nuestra parte ante este innecesario derramamiento de sangre. Es precisamente la influencia de sus palabras la que nos ha forzado a tratar de que los rumanos no comiencen más batallas, ni grandes ni chicas, en contravención de las órdenes de los gobiernos aliados.

“Cuanto a los actos de violencia de las tropas rumanas que han llevado a cabo tantas matanzas entre los trabajadores prefiero no verme obligado a mencionarla. Puede decirse sin exagerar que las regiones de Francia devastadas por las tropas de Hindenburg serían verdaderos oasis comparadas con los desiertos que las tropas rumanas han hecho de nuestras tierras. Permitidme, señor Presidente, suplicarle nos diga si su palabra y la de los gobiernos aliados tienen poder suficiente para obligar a las tropas del rey de Rumania a retirarse a la línea fijada por los gobiernos aliados. Nosotros creemos que usted tiene poder para impedir que se derrame más sangre innecesariamente, aun teniendo en cuenta que sus órdenes no van dirigidas a un gobierno pacífico que practica una abstinencia absoluta de toda política imperialista, tal como el Gobierno de la República de Hungría, el cual como ha podido usted ver, se apresuró a poner fin a la matanza, después de una guerra victoriosa contra la república de Checoslovakia. Nosotros le rogamos, señor Presidente, que haga cumplir sus dictados a las tropas del rey de Rumania, en la misma forma en que el Gobierno húngaro llevó a cabo los suyos espontáneamente, poniendo fin a una guerra victoriosa a la que había ido contra su voluntad obligado por los ataques de los checoslovakios. Sírvase, señor Presidente, nosotros se lo rogamos, reiterar su orden. Solamente sobre esta base podrá justificar ante el pueblo la República húngara su proceder, al aceptar sus manifestaciones como la mejor garantía.

“En la esperanza de que los gobiernos aliados podrán hacer cumplir su autoridad y sus órdenes con respecto a las tro-

pas del rey de Rumania, permítame ofrecerle, señor Presidente, la seguridad de mi más alta consideración.

BELA KUN,

“Comisario del Pueblo a cargo de los asuntos extranjeros.”

¿No demuestra esa patética carta que a Bela Kun le pasó con Clemenceau lo que le pasó al corderillo de la fábula con el lobo? Aunque el tímido corderillo sediento se cuidó muy bien de irse a aplacar su sed humildemente mucho más abajo del punto donde bebía el lobo, éste se declaró mortalmente ofendido por la insolencia del corderillo, “que se había atrevido a enturbiar el agua,” y naturalmente, el corderillo fué a parar, en castigo de su culpa, al indignado garrate del lobo.

Y ahí están los rumanos, que después de haber llegado a Budapest se han alzado con el santo y la limosna, saqueando la ciudad y exterminando a los obreros partidarios de Bela Kun. Y no sólo han realizado estos ineficaces actos de crueldad con los obreros y socialistas, sino que la han emprendido con los judíos en forma tal que ha escandalizado hasta a la prensa más adicta a los manejos diplomáticos de los Faraones. Ante este espectáculo, no hay que extrañarse del comentario que de las hazañas del Supremo Consejo hace «The Manchester Guardian» de Inglaterra: “hace tiempo—dice—que estos señores han perdido el respeto de Europa. Careciendo de un programa digno de ser publicado, ni se han opuesto ni han seguido jamás ningún principio lógico de política internacional.” Y agrega el mismo periódico: “no hay nadie que dude hoy de que los líderes políticos ingleses preferirían el regreso de los Hohenzollern al gobierno del partido socialista independiente de Alemania.”

Los conflictos raciales en los Estados Unidos

Ya la prensa diaria de todas partes ha dado informes de la virulencia que tomaron los conflictos armados entre blancos y negros ocurridos en ciudades tan conspicuas de los Estados Unidos como Washington y Chicago.

La prensa americana ha comentado de diversos modos estos choques que vienen acusando síntomas de un estado permanente de hostilidad entre las dos razas que conviven en la gran nación.

Hablando de estos lamentables disturbios, he aquí lo que en un reciente artículo nos dice «The New Republic»:

“A muchas gentes les ha parecido un fenómeno sorprendente el que las tropas de los Estados Unidos hayan sido obligadas a intervenir para sofocar el conflicto armado entre blancos y negros en la capital de la nación. A estas mismas gentes los motines de raza en Chicago les han chocado como algo incomprensible y terrible. Pero estos motines de raza no son sino síntomas de un estado potencial de guerra de razas existente en los Estados Unidos. Son expresiones de una animosidad que afecta profundamente a muchas de nuestras cuestiones políticas y económicas.

“La prensa no es inocente en manera alguna de fomentar los rencores de raza que han culminado en los sucesos de Junio 29 y 22 en Washington. En el momento mismo en que el Comisionado Brownlow, del Distrito de Columbia, caracterizaba estos motines como “gratuitos ataques a negros inocentes,” el «New York Times» ponía en su primera página grandes letreros como el siguiente: “Otra vez una turba de negros en Washington se entrega a la matanza de blancos,” y el «New York World» anunciaba: “Tres muertos como resultado de los motines que los negros han iniciado en la capital,” y en el «Evening Telegraph» se leía: “La caballería de los Estados Unidos no logra reducir a los negros.”

“Con muy pocas y muy honrosas excepciones, las noticias que venían de Washington atribuían los motines a una «ola de crimen» debida a los negros y a innumerables asaltos perpetrados por negros en mujeres blancas. En Washington la prensa infló lo de «la ola de crimen» y las historias de asaltos en tal forma que la violencia de las turbas se hizo inevitable. Durante más de una semana antes de que los motines ocurrieran, tanto los negros como los blancos estaban enterados de que los negros serían atacados.”

Con respecto a la ola de crimen y al uso que se hizo de ella para fomentar odios contra los negros, el mismo periódico, refiriéndose a las estadísticas de la policía en Washington, sostiene que de éstas sólo resultaban cuatro asaltos sobre mujeres durante los meses de Junio y Julio en todo el distrito de Columbia y tres de ellos se suponían perpetrados por un sujeto sospechoso que en la fecha de los motines estaba sufriendo prisión. Estos asaltos ocurrieron en Junio 25, 28, 30 y Julio 18. Y el periódico hace notar también que algunas veces los

criminales blancos se tiñen la cara y las manos para que se les impute el crimen a los negros.

Con respecto a la policía de Washington, dice el articulista que durante las primeras noches la impresión en blancos y negros era de que estaba francamente al lado de los blancos. Y añade:

“Aunque los agresores eran blancos capitaneados por hombres blancos con el uniforme de los Estados Unidos, por cada hombre blanco arrestado aparecían diez negros. Noticias publicadas por el «New York Times» dan cuenta de diez arrestos llevados a cabo durante los motines del domingo por la noche y de éstos sólo dos eran blancos.

“A consecuencia de la propaganda de «la ola de crimen» que se hacía contra los negros en la prensa y de la apatía del Gobierno, los negros de Washington se llenaron de terror y se armaron. El lunes por la noche, el día 21 de Julio, era peligroso para un blanco andar solo por el barrio negro de «U Street en Washington. En la noche del lunes hubo tiros. Lo que es raro es que no hubiera más, pues se había vendido una gran cantidad de armas y la ciudad de Washington cuando cayó la noche era un verdadero campamento, con un cordón de caballería que mantenía separados los dos grupos militantes.

“Todo el mundo sabía que habría choque, y sin embargo, nada se hizo para impedir los ataques a los negros y fué preciso que transcurrieran tres noches de brutalidad y sangre para convencer al Gobierno de que se necesitaban las tropas. Los negros se armaron para defenderse en Washington, porque, como dijo un miembro muy respetado de su raza en el despacho del Comisionado Brownlow: “El negro está empezando a darse cuenta de que el precio que hay que pagar para ser un hombre en este país es el estar dispuesto a morir en defensa de su dignidad de hombre.” En este sentido, los choques ocurridos en Washington y en Chicago son un síntoma de un cambio de sentimientos en los negros, al igual que en los blancos, en cuanto a las relaciones de raza.”

Luego el periódico citado habla de que tras de las olas de crimen y demás propagandas se oculta la determinación de que el negro vuelva al lugar que ocupaba antes de la guerra.

“Admisiones francas demuestran que

los motivos económicos son un fuerte estimulante de estas emociones que provocan motines raciales. Las «olas de crímenes» cada día se hacen más transparentes como un pretexto para asaltar a los negros. La cuestión que el pueblo americano tendrá que resolver es la de la situación económica y social que se le ha de acordar al negro como ciudadano, un ciudadano con derechos de ciudadanía en el Norte y privado de sus derechos en el Sur. La guerra ha operado un cambio vital en la actitud del negro en estos asuntos. En los Estados del Sur, el negro contribuyó casi con tantos hombres como los blancos, compró «Bonos de la Libertad», se suscribió para la Cruz Roja y otras entidades de beneficencia e hizo, en fin, voluntaria e involuntariamente, todo lo que los blancos hicieron durante la crisis. Ahora siente que la oportunidad que se le dé como base de su vida, de su libertad y de su anhelo de felicidad, es en

nes como la hecha por el «New York Times» en un editorial, al efecto de que «éstos (los crímenes) han sido cometidos principalmente por los negros» al referirse a la situación en Washington, son maliciosas tergiversaciones de la verdad que sólo contribuyen a intensificar lo que puede convertirse pronto, si no se le trata con inteligencia y serenidad, en una desesperada situación de guerra de razas en el seno de los Estados Unidos.»

Se inicia la constitución de un nuevo partido en los Estados Unidos

El día 17 de Agosto se celebró en Chicago una asamblea de ciudadanos promi- nentes que habían sido convocados por el llamado «Comité de los 48», el cual se propone la formación de un nuevo partido político para buscar soluciones a las cuestiones del día más radicales que las que pueden surgir de los dos partidos políticos tur-

Este gran Koltchack se nos presentaba como el ídolo del pueblo ruso, que iba a salvar a su patria de los horrores del régimen bolshevique. Se nos decía que era un perfecto tipo de gobernante demócrata y se nos garantizaba que era su empuje tan irresistible que sólo tardaría unas semanas en llegar victorioso hasta Moscow. Y diariamente se nos obsequiaba con noticias de estrepandas victorias en que las tropas de Lenine aparecían sufriendo pérdidas y más pérdidas de hombres y bagajes y corriendo como liebres perseguidas por el héroe inmaculado.

Pero, como mientras más vuelo se le trataba de dar artificialmente al héroe (y a los empréstitos para el héroe en Francia, Inglaterra y Estados Unidos) más y más feos se iban poniendo los asuntos del héroe en el campo de batalla, al fin no se pudo más seguir tapando el cielo con la mano y ahora empiezan, de una manera brusca, intermitente y bufa, a saberse pedacitos de verdad.

De lo poquito que se sabe resulta ahora que el héroe en lugar de avanzar retrocedía, que en lugar de pegar se le pegaba y que en vez de estar tocando ya en las puertas de Moscow ha ido a parar, de retirada en retirada, hasta Vladivostock.

Y eso que el héroe tenía en sus manos recursos extraordinarios. Hombres, dinero, víveres, material de guerra: todo lo que la fuerza combinada de las grandes potencias que se llaman Francia, Inglaterra, Italia, Japón y Estados Unidos puede significar. Y frente a él, los soldados improvisados de los bolsheviques, que no sólo no tenían auxilio ninguno del exterior, sino que, al contrario, sufrían estoicamente el bárbaro suplicio del bloqueo que viene hace tiempo condenando a los horrores del hambre a los ancianos, mujeres y niños del trágico pueblo.

Pues bien, el milagro que hicieron un tiempo los soldados franceses que defendían las ideas republicanas contra la Europa coligada, parece que se ha repetido, magnificado, ahora. No obstante la increíble desigualdad de la lucha, el amor a la libertad ha inflamado de tan prodigiosa manera estas huestes desnudas y hambrientas de la revolución, que ya hemos visto cómo ante ellas las formidables máquinas de guerra de tantas naciones fuertes se han ido desmoronando una tras otra. Algún día, cuando esta crisis sanguinaria y reaccionaria haya pasado del todo, no faltará un Homero que nos narre esta nueva, sublime epopeya.

Cuanto a los sentimientos demócratas de Koltchack, cedemos la palabra a «L'Humanité» de París, periódico radical, pero nada adicto al bolshevismo:

“Siempre que ha estado en el Poder ha encarcelado a los mensheviques (socialistas moderados) indistintamente con los bolsheviques. Ha suprimido toda la prensa de oposición, ha destruído todas las uniones obreras y fusilado a innumerables trabajadores. A los miembros de la Asamblea Nacional (la misma que fué disuelta por Lenine) los encarceló a todos los que pudo atrapar y fusiló a dos de los más conspicuos. Puesto que por confesión de los mismos Bowrtseos y Savinkovs (agentes de Koltchack), no hay hoy otra alternativa que entre Koltchack y Lenine, entre la reacción y el bolshevismo, nos declaramos por Lenine, y al escoger el último, seguros estamos de que pensamos de acuerdo con todos los demócratas de Rusia. Aun aquellos que son enemigos de los bolsheviques preferirían sin duda alguna «la dictadura del trabajador» a la sanguinaria y brutal dictadura militar de los Koltchack y los Krasnovs.”

¡Oh, el gran Koltchack! Era ídolo del pueblo ruso, según la prensa jingoísta, y resulta que hasta entre la misma gente campesina de Siberia se le odia mortalmente, como lo prueban las deserciones frecuentes y enormes que viene sufriendo. En cambio, los bolsheviques, que según esa misma prensa, eran abominados por el pueblo y sólo se sostenían a fuerza de bayoneta, gozan de tal arraigo en la opinión, que bajo su bandera se agrupan ya todos los rusos de todas las denominaciones—con la sola excepción de los miembros de la antigua clase gobernante—y sólo así se explica que hayan podido resistir el bloqueo y el ataque armado de tantas naciones. Y ahora viene bien preguntar: después que el pueblo ruso en masa ha mostrado tan firme adhesión al nuevo régimen de los «Soviets», ¿es necesario ser bolshevique para condenar la torpe intromisión en los asuntos intestinos de Rusia que viene practicándose en el Museo Arqueológico de Versalles? ¿No basta ser demócrata de veras para sentir indignación ante esta tortuosa política de Santa Alianza que se empeña en hacerle tragar, a cañonazos, a más de cien millones de seres humanos, la repulsiva restauración zarista encarnada en los Koltchack, Denikin y compañía? Nosotros, que fuimos a la pelea con Alemania sólo “con el fin de asegurar el mundo para la democracia”... ¡bonita clase

de democracia es la que estamos implantando en alianza fraternal de bloqueo y de cañón con los archiduques de Austria y los cosacos rusos! No; si no hubiera para nuestros hijos la vislumbre de otra democracia, habría para renegar tanto de la que conocemos, que sin vacilar nos haríamos feroces absolutistas y por todo el resto de la vida viviríamos predicando, como única norma posible de conducta para con nuestros semejantes, el culto, más o menos disfrazado, del medro personal, a base de ganzúa, de garrote y puñal!

Notas diplomáticas de importancia, cambiadas entre Estados Unidos y Méjico

trucciones que ha recibido de notificar a este Departamento que si las vidas de los ciudadanos de los Estados Unidos en Méjico continuasen en un estado de inseguridad y si los asesinatos no tuvieran fin a causa de la inhabilidad o falta de voluntad del Gobierno de Méjico para proporcionar suficiente protección, el Gobierno de los Estados Unidos se vería obligado a adoptar un cambio radical de política con respecto a Méjico.

“En contestación, tengo el honor de hacer constar que el hecho de los atentados contra las vidas de los ciudadanos de los Estados Unidos ocurridos en el territorio de la república, no puede en manera alguna atribuírse a apatía, o falta de buena voluntad, por parte nuestra. El

La sinceridad del Gobierno

“Debe recordarse, además, que siempre que el Gobierno de Méjico ha tenido conocimiento de cualquier delito, ha perseguido sin demora a los culpables. En tales casos la persecución no puede ser la misma que la que se practica en las ciudades en los casos de delitos ordinarios, porque las circunstancias son diferentes en una comunidad populosa. En ésta es relativamente fácil identificar al culpable, mientras que en lugares poco poblados la banda que perpetró el delito es perseguida, alcanzada y se da muerte al mayor número posible de sus miembros, sin poderse en la generalidad de los casos identificar al verdadero culpable, porque aun dentro de la misma partida de foragidos es imposible determinar, como podría suponerse, qué proyectil de qué arma causó el asesinato. El caso reciente de Correl demuestra que el Gobierno de Méjico, ajustándose a esta norma de conducta que es la única posible, está desplegando la mayor actividad, ya que inmediatamente que ocurrió el asesinato se hizo público que las tropas salían en persecución de la banda y que dieron muerte a cuatro de los malhechores.

“El Gobierno de Méjico se ha preocupado sin cesar de la pacificación de la República, comenzando por destruir el principal grupo de rebeldes, y reduciendo a los más notorios caudillos, como se demuestra por el término que tuvo el reciente movimiento de Villa, la muerte de Zapata, la de Blanquet, e Inés Avila, sin mencionar las operaciones contra grupos de menor importancia. Como consecuencia necesaria de este avance en la labor pacificadora, tenemos la existencia de pequeños grupos, residuos débiles de los grandes contingentes destruidos.

Se aconsejan precauciones

“El Gobierno de Méjico ha estado—y continúa estando—animado de las mejores intenciones para eliminar todas aquellas dificultades que pudieran perturbar sus buenas relaciones con el Gobierno de los Estados Unidos y así lo ha evidenciado en repetidas ocasiones. Si el Gobierno de los Estados Unidos desea que sus ciudadanos gocen de mayor protección, el Gobierno mejicano, ansiosamente deseoso como siempre de una buena inteligencia entre ambos Gobiernos, sugiere la conveniencia de que los ciudadanos de los Es-

tados Unidos residan en los lugares populosos, donde pueda ofrecérseles garantías suficientes, y asimismo que cuando estos ciudadanos crean necesario visitar zonas peligrosas, soliciten previamente una escolta de fuerzas suficientes para su protección, la que será suministrada por las autoridades de Méjico.

“En la región de Tampico, los oficiales pagadores de las compañías de petróleo han recibido varias veces oferta de escoltas para acompañarles durante el transporte de sus fondos y las compañías se han negado siempre, bajo el pretexto de que la escolta provocaría el ataque de los rebeldes o de que los individuos de la escolta no se conducirían debidamente. Todas estas son aseveraciones infundadas.

Manejos entre las partidas y las compañías

“Además, la relación que ha existido siempre entre estas mismas compañías petroleras y las bandas de facciosos es notoria, habiendo también fuertes razones para sospechar que en muchos casos los oficiales pagadores estaban de acuerdo con los supuestos asaltantes. El Gobierno de Méjico, a fin de demostrar una vez más su deseo de suministrar completa protección, ha prometido ya formalmente el reembolso de las sumas sustraídas a los oficiales pagadores en presencia de la escolta, y si esta última oferta no fuese aceptada, las consecuencias serán de la exclusiva responsabilidad de las mismas partes interesadas.

“Creo haber hecho clara la verdadera situación y la posibilidad de que el Gobierno de Méjico siga dando cada día mayor protección a la vida y a la propiedad, como lo ha venido haciendo, y su indiscutible deseo de proporcionar toda clase de garantías dentro de su territorio nacional. En vista de estos hechos, la amenaza envuelta en su nota ha sorprendido al Gobierno de Méjico, con tanta mayor razón cuanto que parece extraño se exija que aún en las regiones despobladas se proteja la vida humana de un modo más perfecto que en las ciudades más populosas de los países más cultos, en las que diariamente ocurren crímenes sangrientos, sin que los Gobiernos respectivos incurran por ello en severas amonestaciones.

DIEGO FERNANDEZ,

Ministro de Relaciones Exteriores.”

Elementos americanos en contra de la intervención en Méjico

Entre los varios elementos de importancia que combaten en los Estados Unidos todo conato de intervención militar en Méjico, se destacan en primera línea los representantes de varias iglesias protestantes que han formulado enérgica protesta contra toda política que tienda a sembrar la discordia entre ambos países. Según vemos en el «Christian Science Monitor» de Agosto 13, estos sacerdotes y misioneros protestantes en reciente manifiesto sostienen categóricamente que

“la intervención en Méjico significaría una larga guerra de guerrilleros en la que perecerían miles de americanos y mejicanos, sólo para el beneficio exclusivo de unos cuantos capitalistas extranjeros y americanos, especialmente de los que explotan las minas de petróleo. Lo que Méjico necesita es un poco más de ayuda del exterior para desarrollar sus recursos naturales y menos actividad en el Norte de la frontera de parte de aquellas personas e intereses que, día tras día, están prestando ayuda a las facciones revolucionarias que se agitan en aquella zona. Estos grandes especuladores hace tiempo que trabajan abiertamente por la intervención con el solo fin de librarse de las contribuciones que el Gobierno mejicano les ha impuesto legítimamente.

“El importe del capital extranjero invertido en Méjico, se calcula que fluctúa entre dos mil millones y tres mil millones de dólares, y los interesados en sacar el mejor provecho de estos capitales están organizados mejor que nunca para realizar sus fines.”

En opinión de los sacerdotes citados, las compañías interesadas en las minas de Méjico son, entre otras, J. Pierpon Morgan y Co., The National City Bank, The Guaranty Trust Co., The Anaconda Mining Co., y la Compañía de Rockefeller, las que han formado una formidable asociación de propaganda intervencionista con el nombre de «National Association for the Protection of Americans in México.»

Además de ésta, hay una asociación internacional compuesta de diez compañías americanas, cinco francesas y diez inglesas para la defensa de los tenedores de valores mejicanos de todas clases.

“Los elementos opuestos a la intervención se preguntan si los Estados Unidos van a intervenir en Méjico para asegurarle este país a los capitalistas extranjeros en un

momento en que se afirma que estos grandes especuladores no sólo tienden a la explotación de sus minas, sino a la explotación del pueblo mejicano y de sus propios paisanos.”

Y el «Christian Science Monitor» añade que, contra los argumentos intervencionistas en el sentido de que el Gobierno americano debe proteger la vida y propiedades de sus propios ciudadanos y de los extranjeros en general, los anti-intervencionistas replican que la protección de la propiedad nunca justifica el odio y la destrucción total de vidas y haciendas que son resultados inevitables de toda guerra, agregando que el número de extranjeros muertos en Méjico es mucho menos que el que caería en las primeras escaramuzas, y que estos extranjeros fueron a Méjico por su propia voluntad y casi siempre impulsados por ambiciones de lucro. ¿Y van los Estados Unidos a arrancar miles de americanos de sus ocupaciones y hogares para vengar a éstos, cuando en las minas e industrias del país y en linchamientos y motines raciales son más, muchas más las vidas americanas que han perecido, que las pérdidas en Méjico?

Los prisioneros políticos

(Reproducido de «The Nation»)

“Confiamos en que los liberales de todas partes persistirán en su demanda de una amnistía general para los prisioneros políticos. Como uno de nuestros corresponsales ha dicho, es, o debiera ser, una humillación para todo americano el que existan en América prisioneros políticos. Nosotros nos hubiéramos reído desdeñosamente hace diez años de cualquiera que se hubiese atrevido a profetizarnos que esto podía llegar a ocurrir “en la tierra de los libres y en la patria de los bravos.” Pero tal es la realidad. Y aun hay más; en violación directa de la Constitución, en Kansas han comenzado ahora a traer a juicio a personas que han estado sufriendo prisión en sueños calabozos de distrito durante cerca de dos años, sin haberseles oído en juicio en todo ese tiempo... algo que solíamos con orgullo considerar como cosa que sólo podía ocurrir bajo el Czar o el Kaiser. Con el Senador Chamberlain, archimilitarista, que ha pedido la inmediata excarcelación de todos los prisioneros militares no culpables de delitos máximos, debiera haber un movimiento semejante encaminado al rescate de todos los prisioneros políticos civiles, especialmente de Eugene Debs, y muchos otros que ni por un

momento han debido bajar a una cárcel, Inglaterra y el Canadá han excarcelado a todos sus presos condenados por resistirse a la guerra por principios de conciencia, pero nosotros no imitamos el ejemplo. Algunos se hallan en celdas húmedas, colocadas más abajo del nivel del mar, allá en Alcatraz Island; otro murió en el presidio de Leavenworth hace una semana. ¿Qué le pasó a Mr. Wilson, que se ostenta tan desprovisto de esa magnanimidad que debiera ser inseparable de todo hombre justo y verdaderamente grande?"

Quejas de la prensa

"La prisión por diez días de Mr. E. T. Leech, de Memphis, a causa de que, como director de «The Memphis Press», escribió un editorial en que criticaba nuestras cortes americanas—sin mencionar ninguna corte en particular, ningún caso pendiente, ni nombre ninguno—con el designio de influir en las elecciones y de ningún modo para perturbar la administración de justicia, parece haber creado una sensación considerable. En Memphis se le escoltó hasta la cárcel con una banda de música y una gran multitud de ciudadanos que protestaba; en New York y otras grandes ciuda-

des la prensa por fin ha despertado y se queja en fuertes tonos de esta violación de los derechos constitucionales de una prensa libre. Acogemos con gusto estas manifestaciones de alarma, pero nos parecen demasiado tardías. Demasiados directores de periódicos han sido reducidos al silencio, o condenados, durante los últimos dos años sin ninguna protesta de nuestra prensa que hiciera patente su actitud de defensa del saludable derecho a la crítica. Al mismo tiempo estamos de acuerdo con la "Newspaper Enterprise Association" cuando afirma que si esta clase de tiranía judicial continúa, conducirá a resultados lamentables, pues está fuera de toda duda que robustece el movimiento revolucionario en este país. Pero no son sólo los tribunales los culpables. Mr. Burleson (Ministro de Comunicaciones) está todavía privando al "Milwaukee Leader" y al "New York Call" de sus privilegios como materia postal de segunda clase, sin sombra de justificación y ocasionándoles considerables pérdidas económicas. Nunca hubo justicia alguna en estos procedimientos, y todavía menos ahora que la guerra ha terminado, pero nuestros jueces y burócratas parecen empeñados en aumentar el descontento popular tan rápida y eficientemente como les sea posible."



ARTHUR J. BALFOUR. PHOTOS © I.F.S. GENERAL SMUTZ.